

## Crónicas de la Era Lunar

Por PABLO DE LA HIGUERA

Los franceses están tristes, — ¿qué tendrán los franceses? — los suspiros se escapan — de sus corazones burgueses. — Qué han perdido la risa — que han perdido el "grandeur"...

De un tiempo a esta parte — del tiempo heroico del General a esta parte, para ser más precisos—, Mariana, la tricolor, alegre y republicana Mariana, parece aquejada de la enfermedad aquella de la princesa de Rubén. Algo raro pasa en Francia, algo hay que no marcha en Francia, o, mejor dicho, parece que todo marcha, pero poco. Lo dicen todos: los editorialistas de los periódicos, los caricaturistas, los "chansonniers", los personajes políticos de la oposición y hasta del propio gobierno. Estos últimos, que son sus médicos de cabecera, diagnostican una vaga, indefinible enfermedad que no se cura con antibióticos: Mariana está taciturna, morosa, desencantada... Los médicos del pueblo, de la Seguridad Social, el pueblo mismo, auscultador y auscultado por el I.F.O.P. (Instituto Francés de Opinión Pública), detecta y se autodiagnostica la misteriosa enfermedad... Mariana está triste, Mariana... ¿Qué le pasa a Mariana?

Nada. No le pasa nada. Ahí está posiblemente todo el intrínseco. Desde que se quedó sin su marido general no le pasa nada y bosteza de aburrimiento. Comprendan su situación: ella, que se había echado a soñar por todo lo alto (por las alturas de De Gaulle y por las alturas de las barricadas), de pronto, en el espacio de dos primaveras, se ha quedado sin las dos cosas: sin la revolución y sin De Gaulle. Es demasiado, hay que reconocer honradamente que es demasiado. Pues no sólo de queso vive el hombre, aunque sea de trescientas ochenta y siete variedades de queso.

Falta la épica, que diría Vázquez Montalbán. Y sin épica no se va a ninguna parte, ni siquiera al Mercado Común, que es lo más antiepico que uno pueda echarse a la imaginación. Ni siquiera al Quebec sin pasar por Ottawa, que era una

## DULCE FRANCIA

broma que con De Gaulle aún tenía cierta gracia.

Georges Pompidou, en sus tiempos de primer ministro, tenía una épica popularota y pequeña, una épica de Asterix en zapatillas, una épica para andar por casa que hacía tibi a los franceses. Les recordaba un poco la épica del Presidente Coty, cuando burlaba la vigilancia del Eliseo y se escapaba por la escalera de servicio a comprar mataquintos al estanco de la esquina. Pero Pompidou-Presidente está perdiendo esta épica. Los caricaturistas empiezan a pintarle ya sin cigarrillo, lo que es significativo. Y también está perdiendo su épica Giscard, aquella épica televisiva de pullover con cuello alto, que le daba un aire vagamente iconoclasta de joven tecnócrata revolucionario...

En estas condiciones no es extraño que los franceses estén taciturnos, desencantados, etcétera. Lo que puede parecer más extraño es esta tendencia un poco masoquista que les impulsa a revolcarse en ello, en su propio desencanto. Pero esto responde a la inveterada manía de autocrítica, de autoanálisis y de introspección permanente de este pueblo (que explica, en lo material, lo de las trescientas ochenta y siete variedades de queso, y en lo político, la copiosa gama de partidos y asimilados y la diversificación sindical). No creo que exista un pueblo en toda la faz de la tierra que se pase tanto la vida mirándose el ombligo como el pueblo francés. Claro que, si bien se mira, más vale pasarse la vida mirándose el ombligo que rascándose el ombligo. Porque a fuerza de mirarse el ombligo se termina por ver cosas, mientras que rascándose el ombligo con la mirada perdida en las quimbambas no se ve nada.

Dulce Francia, Penélope fatigada e infatigable, creando y descreando locuras, haciendo y deshaciendo revoluciones. Sigue mirándose el ombligo y exclamando "Eureka!" de vez en cuando. Que algo queda. Cada vez más.

tica y formalmente audaz, sobre todo en el marco de la casa...

Si Aub quería sólo mirar y, limpiamente, marcharse; si quería evocar su pasado, pasando de largo sobre el presente, sospechamos que ya no le será posible. Por la misma razón que ha dejado de ser para nosotros el nombre abstracto, la firma de una serie de textos, el protagonista de una biografía, para ser este anciano rejuvenecido, amargo y cada vez más inerte, que vive entre nosotros, que tiene un número de teléfono, que coincide o no coincide en estas o aquellas opiniones, que juzga a Brecht, a Weiss o a Samuel Beckett... Y que ve autorizadas o prohibidas las lecturas de sus obras.

Del teatro de Max Aub apenas si se conocen en España cuatro o cinco títulos. Las ediciones recientes de las que tengo noticia son, primero, «San Juan», en la revista «Primer Acto»; luego, «Espejo de avaricia», en un tomo de Aguilar; luego, «Morir por cerrar los ojos», en Aymá, y, ahora, «No», en «Cuadernos para el Diálogo». Poco, poquísimo, para quien ha escrito, considerando en el censo las «obras de circunstancias» de los tiempos de la guerra, hasta cincuenta textos dramáticos, muchos breves y en un solo acto.

Quiere ello decir que el teatro de Max Aub está totalmente por conocer y valorar. Un teatro que tiene, entre otros, el valor incomparable de testimoniar dramáticamente la vida de un

español de nuestro tiempo. Seguir la obra de Aub, desde los tiempos de universitario valenciano hasta su penúltimo texto sobre la muerte del «Che» Guevara, es aproximarse a una compleja y rica interpretación de medio siglo de Historia. Medio siglo vivido y no observado, medio siglo dramatizado por un protagonista.

Desde el eco de Pirandello y don Miguel hasta hoy, Max Aub no ha hecho sino encarnar en su teatro las vicisitudes de su agitada biografía. De la dramática culta, hecha de libros más que de experiencias, pasaría a la adhesión a los objetivos culturales de «La Barraca» y «Las Misiones Pedagógicas». Luego vendría ya la guerra, el Congreso de Escritores, el film de Malraux sobre las tierras de Teruel, la derrota,

el choque con la Francia hostil y adormecida del exilio, los campos de concentración, las primeras grandes victorias del fascismo, el viaje a Méjico, el arraigo provisional y para siempre en el país americano...

Algunos —yo lo he oído— han reprochado a Max Aub la ligera soberbia con que ha vuelto a comparecer ante nosotros. Yo la entiendo muy bien. Porque, a fin de cuentas, tiene en su equipaje la única crónica dramática, el único testimonio teatral, de medio siglo de dolor e independencia, diciendo «no» —y ahí está su ataque a los dos colosos de la guerra fría— cada vez que lo ha estimado justo.

Desde estas páginas de TRIUNFO, saludamos a Max Aub y le deseamos una estancia provechosa, sólo un poco amarga, en España. ■ J. M.

## TRUFFAUT, CRONISTA

La tercera aventura de Antoine Doinel



FRANÇOIS TRUFFAUT

Hace once años, en su primer largometraje, François Truffaut, hasta entonces el crítico más temido de Francia, creaba un personaje, el de Antoine Doinel, que aparecía en la pantalla bajo los rasgos del joven actor Jean-Pierre L  aud. Años después, personaje, actor y autor volvían a encontrarse en el episodio francés de «El amor a los veinte años», estrenado en pantallas españolas con enorme retraso, cuando ya el díptico se había convertido en tríptico. Ahora llega a la cartelera madrileña el de momento último episodio de la crónica de Antoine escrita en imágenes por Truffaut. «Besos robados», cuyo título está inspirado en una vieja canción de Trenet, es un poco más de la indagación por parte de Truffaut y L  aud en la personalidad de Antoine, que, desmolvilizado, intenta, sin demasiado éxito ni excesiva convicción, integrarse en la sociedad civil. Las características del personaje son las mismas, aunque, evidentemente, los años le hayan modificado, lo mismo que han modificado la mirada de su creador. Pero, en lo esencial, Antoine sigue siendo el muchacho al que conocimos hace dos lustros y del que, a través del cine, nos hemos acabado por hacer amigos.

El fenómeno no es habitual. Se han dado, incluso en abundancia, casos en los que un mismo personaje, de preferencia histórico, haya sido encarnado más de una vez por el mismo intérprete —Enrique Plantagenet-Peter O'Toole, Isabel de Inglaterra-Bette Davis, Enrique VIII-Charles Laughton—, pero nunca el cine había seguido a un personaje a través de las edades, haciéndole

vivir en los sucesivos films los problemas y vicisitudes que en cada momento correspondian a su situación individual y a la problemática social de cada caso. Aunque sólo fuera por esto, «Besos robados» merecería atención. Pero es que, además, se trata de una obra enormemente sensible, de un retrato preciso y matizado de un joven francés —hijo de Marx y Coca-Cola— de nuestros días, con su confusión a cuestas, sus inhibiciones y su alienación mal asumida. La visión romántica de Truffaut se confunde, en ocasiones, con la que de la vida tiene su personaje, sin por ello perder, sin embargo, la necesaria dosis de lucidez. Antes que autobiográfico, el film es autoanal  tico. Si cada gesto, cada «salida» de Antoine son absolutamente creibles, ello ocurre así porque Truffaut, si no ha hecho alguna vez lo mismo, ha sentido, indudablemente, deseos de hacerlo.

Retrato de un individuo, «Besos robados» termina por ser, sin propósito explícito de generalización, retrato de una sociedad que no sale, por cierto, demasiado bien parada de la prueba. Los personajes secundarios, el hombre al que nadie quiere, la esposa decidida a vivir «dignamente» la aventura imposible, la muchacha, est  n vistos con trazos tan certeros como los que definen al protagonista. Antoine, al final, dir   que es feliz. Pero él sabe que esa felicidad es tan fugaz como el instante en que hace su afirmación. Que inmediatamente después tendrá los mismos problemas, la misma incapacidad para resolverlos que ha tenido